

Horowitz, Joel; El radicalismo y el movimiento popular (1916 – 1930), Buenos Aires, Edhasa, 2015

Paulo Menotti
(UNR/UBA)





Tras largo tiempo de circular con su versión en lengua inglesa por el ámbito académico, el texto de Joel Horowitz *El radicalismo y el movimiento popular (1916 – 1930)* fue traducido y editado en Argentina este año por editorial Edhasa. Por esta razón, el libro no es una novedad exclusiva entre aquellos que están interesados en el estudio del radicalismo y la clase trabajadora argentina porque, incluso, ya venía siendo citado. Demás está subrayar que el trabajo del historiador norteamericano formado en la Universidad de Berkeley junto a Tulio Halperín Donghi se inscribe y es un aporte importantísimo a esa historiografía. Dicha producción sobre la historia política y social argentina de la primera experiencia de democracia ampliada, en particular la historia de un partido político como la Unión Cívica Radical (UCR) y su relación con los trabajadores, es extensa aunque consideramos le falta un largo camino para tocar su techo. Tiene mucho por dar aún. El texto se inscribe en la senda elaborada por el trabajo pionero de David Rock, *El radicalismo argentino: 1890 – 1930*¹, un estudio sobre la política de la UCR desde su origen hasta el primer golpe de Estado, con una perspectiva anclada en la historia social. El libro de Horowitz se enfoca también en los gobiernos radicales de Hipólito Yrigoyen y de Marcelo T. de Alvear, que se desarrollaron durante el primer periodo de ampliación del sufragio en nuestro país, hasta su primer trágico desenlace, esto es entre 1916 y 1930. Como lo indica el título: “El radicalismo y el movimiento popular”, este texto se ocupa de examinar la relación entre la dirigencia partidaria en el gobierno nacional con el movimiento obrero, definido como movimiento popular. Vale aclarar que este último concepto se acerca por momentos a la idea de “sectores populares” planteado por los historiadores Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, en los años ochenta.² Estos autores, cuando reflexionan sobre los trabajadores en los años veinte, señalan que una de las características que prevalece en el accionar del conjunto del movimiento obrero fue la pérdida de su radicalidad, en donde se desdibuja la identidad de clase. Esto último se produjo en un contexto de ampliación de la participación política y la estructuración de una sociedad menos fragmentada. Horowitz prefiere no involucrarse en este debate, y busca echar luz sobre una cuestión que hace a la práctica de la política (clientelismo y patronazgo) y su relación con las masas... Al mismo tiempo, el texto de Horowitz se ancla en el análisis de prácticas y experiencias de los trabajadores intentando incursionar en aspectos de tipo cultural

El libro se divide en siete capítulos que van desde el análisis de la sociedad, la economía y la política en la Buenos Aires de la primera posguerra, hasta las experiencias que marcaron el fin de los gobiernos radicales con el inicio del gobierno de facto de José Félix Uriburu. Desde un comienzo, Horowitz presenta una radiografía social y económica exhaustivas de la Capital Federal de la segunda década del siglo XX, es decir, el escenario en el que se desarrollan los procesos históricos.

Luego, el autor se detiene en el análisis de cómo los dirigentes radicales forjaron sus imágenes. Mientras Yrigoyen, con ayuda de su órgano de prensa *La Época*, se preocupaba por brindar un retrato de un líder interesado por la situación de los obreros argentinos. En Alvear, la problemática obrera no ocupaba el centro de su agenda, pero tampoco la dejó de tener en cuenta totalmente. Horowitz destaca que el círculo cercano a Yrigoyen lo presentó como el “padre de los obreros”, una característica que luego supo capitalizar el líder radical, incluso por encima de las prácticas clientelares. Asimismo, Yrigoyen cultivó una imagen de austeridad, alejado de la exposición pública y con una vida sencilla. En contraposición, el autor señala que Alvear no llevaba una vida recatada y que sus prácticas se encuadraban en la clase social a la que pertenecía, es decir, la aristocracia. De esta manera, se intenta indagar hasta qué punto las características personales de cada líder político influyeron en el modo de vincularse con los problemas de los trabajadores.

El autor también se interroga sobre los usos y resultados de las prácticas de “patronazgo” a partir del análisis del incremento de empleados públicos. En una sociedad donde la flexibilidad del trabajo era la característica principal,

¹ Rock, David; *El radicalismo argentino, 1890-1930*, 2° ed., Buenos Aires, Amorrortu, 2010. La mayoría de los textos que se enfocan en el radicalismo lo hacen desde una perspectiva política, mientras que Rock indaga en la perspectiva social. A medio camino, y uno de los últimos textos que cubre toda la historia del centenario partido, se encuentra *Historia del radicalismo*. Persello, Ana Virginia; *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

² Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero; *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007.

el acceso a un puesto público era una preciada llave a una mejoría de los trabajadores y eso fue utilizado como una herramienta por el amplio arco de las dirigencias políticas. En este caso, Horowitz advierte que Alvear, que se definía opuesto a relaciones clientelares, fue quien más trabajadores incorporó al Estado. Ese dato le sirve a Horowitz para cuestionar los alcances del “patronazgo” en la popularidad cosechada en las urnas por Yrigoyen. Incluso, el historiador norteamericano aborda la cuestión alrededor del proyecto de ley de jubilaciones fracasado en el gobierno de Alvear. Frente a esta cuestión, Horowitz analiza la esquiva y sorpresiva percepción del movimiento obrero que termina conformando un frente común con la patronal ante un proyecto de seguridad social que supuestamente iba a beneficiarlos. En este punto, el texto no profundiza en las distintas apreciaciones, la obrera y la del gobierno radical, sobre el tema. Y no analiza con mayor detalle por qué los radicales se empeñaron en mantener su plan que ya contaba con una marcada oposición del conjunto de la sociedad. Nuevamente, en este enfoque Horowitz señala los límites del acercamiento entre los radicales y el movimiento popular.

Al igual que David Rock, Horowitz plantea que el primer mandatario radical mantenía una relación con los líderes obreros del Sindicalismo Revolucionario, en especial, los marítimos y ferroviarios. El apoyo presidencial se expresó en no reprimir y permitir el desarrollo de algunos movimientos reivindicativos, y ofrecer la mediación estatal en los conflictos. Sin embargo, el soporte presidencial tiene como límite la presión ejercida por la burguesía nacional e internacional, lo que explica las grandes represiones ocurridas durante los sucesos de la Semana trágica, de la Patagonia y La Forestal, entre otras. A pesar de esto, el autor destaca que Yrigoyen logró mantener y aumentar su popularidad situación que se tradujo en un fuerte apoyo electoral a la candidatura del líder radical.

Ese mismo análisis, se aplica al gobierno de Alvear. Éste último, también intentó ganarse el apoyo popular que brindaban los obreros a partir de sus instituciones, los sindicatos. El historiador norteamericano reconoce en la gestión de Alvear la existencia de políticas “obreristas”, pero estas estuvieron atravesadas por las tensiones que se generaban en su propio gabinete, ya que algunos estaban a favor de los trabajadores, como Leónidas Anastasi. Y otros estaban comprometidos con instituciones antiobreras (la Asociación del Trabajo), como fue el caso de Manuel Domeq García, entre otros.

El autor afirma que Alvear trató de acercarse a las masas populares, estableciendo contactos con el movimiento obrero. Y si bien le atribuye al alvearismo la instrumentación de una “política obrerista”; resalta asimismo la ambigüedad para definirse en ese sentido. No obstante, su perspectiva es una mirada desde el gobierno, no desde abajo. En este contexto, creemos que la expresión “obrerismo” excede a una administración que mantuvo momentos de represión y no suprimió las tensiones que afectaban a la clase trabajadora.

Por último, según Horowitz si se centra la atención en el último gobierno de Yrigoyen (1928 – 1930), se notan los límites del “populismo” obrerista de Yrigoyen. En ese periodo se dieron una serie de factores que terminaron con el gobierno democrático y se dio rienda suelta al primer gobierno de facto en la Argentina. No deja de sorprender que el hombre que contara con un apoyo entusiasta y masivo, haya caído casi sin resistencia obrera ni radical. Según Horowitz, Yrigoyen se las arregló para disipar toda su popularidad en ese momento. Colaboraron con él la crisis económica que se avecinaba, la falta de energías del anciano dirigente y el hartazgo de las altas esferas sociales que bajaron el índice a Yrigoyen. Horowitz considera que con estos elementos se explica la caída del gobierno democrático pero quedan variantes para alumbrar. Las expectativas de los trabajadores, por ejemplo, que llevaron a la cumbre a un dirigente que termina enviando a las tropas del Ejército a reprimir, a contener una agitación creciente a la provincia de Santa Fe, tal vez es un punto a desarrollar para analizar la relación entre el líder y las masas.

En suma, Horowitz realiza un importante análisis de la primera experiencia democrática radical y del legado hacia el futuro, tanto en su incapacidad para sentar una base sólida para el sistema democrático como para los valores que supieron incentivar a los dirigentes radicales, entre ellos el nacionalismo y la llegada a los sectores populares. Tanto fue así que Juan Domingo Perón contó en su tradición política al yrigoyenismo.

Si bien el autor considera que el clientelismo y el patronazgo no alcanzan a explicar la popularidad del radicalismo del periodo, aporta un análisis de interés para quienes pretenden abordar la relación entre el radicalismo y una sociedad de masas en ciernes.